

La sanidad de la ceguera espiritual (1ª parte)

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: El Tabernáculo (Málaga)

Fecha: 31 de agosto de 2001

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados.” (2ª Pedro 5:11)

Hay un refrán que dice: “el que no sabe, es como el que no ve”. Satanás ha cegado los ojos de aquellos que no creen para que no les resplandezca la luz del evangelio. *“En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”. (2ª Corintios 4:4)*

Los creyentes sólo vemos hasta cierto punto, porque hay en cada uno de nosotros áreas de ceguera en las cuales Satanás puede trabajar y engañar. He conocido muchas personas que creen ver y en cambio están ciegos, pero prefieren seguir así ignorando la verdad. Son como el invidente que anda por la calle valiéndose de su bastón y si alguien se le acercara para ayudarlo diciéndole: “tenga cuidado aquí hay un hoyo” y el ciego respondiese: “lo siento pero yo no lo veo”. Para la mayoría lo que no ven, no existe.

Te ruego que cuando Jesús te pregunte: “¿Qué quieres que te haga?” digas de todo corazón como el ciego de Jericó: “Señor, que reciba la vista”. (Lucas 18:41). En el momento en que nos entregamos a Cristo recibimos un poco de luz, es decir, Dios nos va revelando nuestro corazón y nuestro pecado gradualmente, porque si Él revelara de golpe todo lo que hay en nosotros nadie lo podría soportar. Por lo tanto, la santificación es progresiva, igual que las revelaciones. Durante muchos años he afirmado que somos responsables de la luz que poseemos, ahora quiero añadir algo más, somos responsables también de la luz que rechazamos. No por la luz que Dios no nos ha dado, sino por despreciar voluntariamente la luz y no querer ver.

Esa luz se manifiesta en primer lugar por la conciencia *“Bienaventurado el que no se condena a sí mismo en lo que aprueba”*. (Romanos 14:22). Pero la conciencia está condicionada, es

como los perros bien entrenados que obedecen al mandato de su dueño. Así que, en ocasiones, nos da luz y en otras no porque, según la percepción que tengamos, así será su eficacia. En segundo lugar, gozamos de la Palabra de Dios como un espejo que refleja nuestro corazón y tenemos la responsabilidad de ponerla en práctica y de andar en la luz. La Biblia dice: “...Y todo lo que no proviene de fe, es pecado”. (Romanos 14:23). Los cimientos de la vida cristiana son la fe a la que se añade siete plantas y para ver bien, es preciso situarse en el ático. El apóstol San Pedro asegura el que no añade estas cosas “tiene la vista muy corta, es ciego”, la Palabra de Dios que no aplicamos de poco sirve. La luz de Dios es como una linterna que diariamente nos alumbramos y si no caminamos en Su luz, nos quedaremos atrás, en la oscuridad de las tinieblas.

Dos cosas que voy apreciando más y más con la edad son la vista y el oído. Los ojos son importantes sólo si vemos. Hay un peligro terrible, sobre todo entre los predicadores y líderes de cualquier área, y es que podemos ver muy fácilmente la ceguera de otros pero no querer ver la nuestra. No seamos como los fariseos a quienes Jesús condenó diciendo: “*Son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo*”. (Mateo 15:14). Si el líder no tiene los ojos abiertos, no discierne al enemigo, no tiene visión para la iglesia y no sabe por dónde va ¿cómo espera que los demás le sigan? Cada vez que actuamos mal deliberadamente y rechazamos la Palabra de Dios, se nos va endureciendo la conciencia, va extinguiéndose la luz, vamos volviéndonos cada vez más ciegos y sordos. ¡Ay! de aquel que prefiere quedarse ciego. La escritura dice: “*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados*”. (1ª Corintios 11:31)

Cuando Dios revela nuestro corazón sufrimos, pero cuando manifiesta la ceguera de su pueblo es terrible, porque es como estar junto al estanque de Betesda con una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paráliticos esperando el movimiento del agua. Y me pregunto: ¿qué estamos esperando, si el Señor está ahí para hablarnos y abrirnos los ojos? Jesús comenzó su ministerio, diciendo: “*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura, de la cárcel*”. (Isaías 61:1)

¿Quieres ver, ver tu corazón, ver lo que hay dentro, tus motivaciones, el protagonismo del yo, el orgullo, lo que en realidad tramamos? De estas cosas, en cambio, no deseamos tener revelación. Queremos tener una buena opinión propia. La Biblia dice: “*Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares*

oscuros como muertos.” (Isaías 59:10). Cuando somos guiados por las emociones y los sentimientos andamos a tientas, pues palpar no es igual que ver. Preferible es conocer la verdad.

La Palabra de Dios nos dice: “Añadid a vuestra fe, virtud”. Hay grandes evangelistas que sanan enfermos y hacen milagros pero que permanecen aún en el “sótano” por no haber añadido a la fe virtud. Después, a la virtud añadid conocimiento estudiando la Palabra, buscando al Señor, conociendo a Dios y su voluntad y escudriñándote a ti mismo. Luego añadid dominio propio; dominio de las emociones, de las reacciones, de los pensamientos, palabras, apetitos y pasiones. También añadid paciencia, siendo perseverante, no iracundo, ni rencoroso, soportando con paciencia a los que se desvían. A esto añadid piedad, que significa ser santo, separado del mundo, apartado, consagrado a Dios, conforme a la imagen de Cristo. Igualmente añadid afecto fraternal y amor ágape que es el amor del Padre, amor sacrificado que no busca lo suyo, que no se envanece, que no es soberbio, que no tiene rencor, que todo lo soporta y todo lo espera. (1ª Corintios 13:4.7) Quién no tiene todas estas cosas añadidas a la virtud, es ciego. Es preciso admitir nuestra ceguera, aunque nos duela y desear ver pidiendo revelación.

En Proverbios 31:10.29, vemos a la mujer virtuosa que podemos comparar la Iglesia, como esposa de Jesucristo. Cuando hablamos de la iglesia no se trata solo de algo místico, sino algo real y efectivo, la iglesia está compuesta de individuos y será tan santa como lo sean los miembros que la componen. En primer lugar, esta mujer es preciosa y de gran valor a los ojos de Dios porque ha sido comprada por la Sangre de Jesucristo. Somos un pueblo adquirido por Dios (1ª Pedro 2:9). Jesús estima mucho a su Iglesia. Él anhela que sea responsable, íntegra, que no actúe insensatamente, cuyas reacciones no sean como las de un niño caprichoso dando berrinches. Confía en que no le va a traicionar. Cristo, como esposo y cabeza de su Iglesia, puede confiar en esta mujer virtuosa por donde quiera que vaya. Confía como Dios confió en Abraham y Moisés. ¿Puede Dios confiar en ti? puede decir como dijo de Job: “...*Varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal*” (Job 1:8)

En los Hechos de los Apóstoles vemos una iglesia que obra bien y no mal, semejante a la mujer virtuosa, que trabaja continuamente con sus manos, no da disgustos ni avergüenza a su marido. La iglesia debe ser la gloria de Jesucristo. El Señor quiere estar orgulloso de nosotros, también Él desea que nos sintamos orgullosos de su Iglesia, afirmando “esta es mi iglesia, soy parte de ella y parte de su obra” y que practiquemos lo que predicamos. “*La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno*”. (Juan 17:22) Sin unidad, carecemos de la

gloria de Dios. Sólo su presencia y su amor nos hacen uno.

Esta mujer se levanta incluso de noche para buscar el pan como nosotros debemos levantarnos temprano y buscar al Señor. "*Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré*" (*Salmo 63:1*). Es necesaria una relación de oración, íntima y personal con el Señor. ¿Eres tú parte de esta iglesia que busca a Dios? Sin buscarle no le hallaremos. La mujer virtuosa es además una mujer con iniciativa, entregada a la obra de Dios, que no malgasta el dinero, ni las palabras, ni el tiempo. Pues invierte todo en su propósito de crecer.

La iglesia es como la madre que gime y clama sin descanso, no sólo por sus hijos hasta que vuelven a casa avanzada la noche, sino también por los que están fuera de la cobertura del Señor. Su lámpara nunca se apaga. Asimismo es una iglesia que mantiene obra social, que no es egoísta y piensa en los demás, mirando más allá de sus propias necesidades. Cuando Dios la bendice es para bendecir a otros. Es una iglesia generosa, dadivosa, de corazón bondadoso que habla con sabiduría y cuida su lenguaje. Conocida de todos por el buen testimonio en cada área de la sociedad.

Así pues, es necesaria la luz para ver nuestro estado y obedecer el buen consejo. Si no ves es porque el orgullo te ha cegado los ojos. No podrás cambiar aquello que no reconozcas. Todos pretendemos tener la razón, sobre todo si andamos ciegos. Pero Dios nos da la conciencia, la Palabra, como espejos y los hermanos que nos quieren como cobertura espiritual. ¡Ay! de aquel que anda solo. Si estamos unidos con tres hermanos más, no tendremos sólo dos ojos sino ocho y lo que uno no ve venir, los otros lo verán.

El diablo tiene un plan y una táctica para cada individuo y cada familia. Si desestimamos los avisos, seremos potencialmente presa del diablo, que anda como león rugiente para devorar. "*...vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar*" (*1ª Pedro 5:8*). Nos conviene verle la cola antes de que nos sorprenda y ataque. ¡Cuánta energía derrochamos en justificarnos y excusarnos! Mejor sería invertirla en examinar qué nos muestra "el espejo", en lugar de cubrirnos con las hojas de higuera (que son la naturaleza adámica, que además se secan) cubrámonos con la justicia eterna que Dios nos da. Busquemos tener una iglesia limpia, pura. Todo comienza con la vista, que es conocimiento y discernimiento. Los hijos de Dios son guiados por el Espíritu de Dios y el Espíritu Santo da testimonio de la verdad.

Dios va hacia adelante, la Iglesia va hacia adelante, Cristo lleva su pueblo hacia adelante.

ORACIÓN

Padre Santo gracias por esta palabra. Sabemos que a veces es difícil entender estas cosas pero tú nos las estás revelando. Danos corazones abiertos para escuchar. Todos tenemos áreas de tinieblas en las cuales Satanás opera. Abre nuestros ojos Padre, que podamos ver tu protección, tu cuidado, tu ejército de ángeles y los carros de fuego a nuestro alrededor. Haznos ver también nuestra necesidad para poder sanar, cámbianos y transfórmanos para andar en tus caminos de santidad. ¡Oh Dios! abre los ojos. Dios dice: “yo quiero la verdad en lo más íntimo”. Jesús es la luz del mundo, nuestra luz. Señor, alúmbranos. Tú eres la luz. Si tenemos tu presencia tendremos también luz. No quiero caminar palpando, quiero ver por dónde voy y ser parte de esa Iglesia virtuosa. Amén.

PROFECÍA

Acerca de las perlas preciosas y la belleza de una Iglesia virtuosa.

El Señor habló, no sólo para una congregación en particular sino para la iglesia a la que todos pertenecemos y dijo:

“Mírate en mi espejo, escucha atentamente mi voz, escucha y obedece lo que mi voz te está diciendo. Mírate en mi espejo, como novia te atavié, como novia te vestí, no escatimé tela para cubrirte, te he dado lino fino para que te vistas y he puesto sobre tu cabeza diadema de piedra preciosa. Te he vestido con todos mis primores y con todos mis dones y talentos. He adornado con zarcillos de oro tus oídos, he puesto sobre tu pecho pedrería, no escatimé mis dones, he puesto mi fragancia sobre ti. Mírate sobre mi espejo y obedece mi voz, se sensible a mi voz porque he aquí me he propuesto volverte a vestir, a visitar, a adornar, pero escucha atentamente mi voz, no rechaces mi consejo, déjate guiar, sígueme, dice el Señor, porque no te he rechazado, quiero volver a ver sobre ti la Gloria de antaño pero con una fragancia fresca, nueva sobre ti. He aquí eres mi esposa, dice el Señor, no has sido rechazada, pero escucha atentamente mi voz y mírame porque he aquí que volveré sobre ti, dice el Señor”.